

bien, ó porque cansados de injurias y groseros insultos la hubieran cerrado.

No esperaba que tuviera lugar la ejecucion hasta el dia siguiente; así es que me sorprendió cuando oí cerca de las cuatro gritos hácia el palacio Igualdad, y ví á la multitud codearse, empujarse y atropellarse.

La cabeza de los gendarmes aparecia ya, y en las manos de aquellos arqueros de la muerte se veian relucir los sables, como la espada del árgel exterminador.

Era el odioso aparato con que Fouquier-Tinville y los jueces obsequiaban por última vez al público.

—¡Ahí están, ahí están! gritaron por todas partes.

Si; eran los guillotinales los que á su vez iban á sufrir, malditos y perseguidos por las voces de la multitud, la pena del Talion.

XXXI.

El manuscrito.

(Continuacion.)

¿No te llamará la atencion, mi amado Jacobo, que mi suerte, buena ó mala, me hace presenciar todos los acontecimientos, sea que yo los busque, sea que, sin saber cómo, me encuentre mezclada en ellos?

Por eso sin duda no sé explicarme la extraña alteracion que sufre mi cerebro. No sé por qué, pero me parece que hay momentos en que no soy dueña de mí, y que la fatalidad, más poderosa que mi voluntad, me impulsa hácia la pendiente de la desgracia.

Algunas veces sufro alucinaciones, durante las cuales me parece que el dia que fuí en la carreta me guillotinaron en realidad. Soñando creo sentir el dolor que produce el hacha al cortar las vértebras del cuello: me figuro que estoy muerta, y que mi sombra es la que vive y circula sobre la tierra.

En estos momentos de ilusion sepulcral te busco por todas partes, pareciéndome que solo estamos separados por espesa niebla, entre la cual andamos errantes como castigo de alguna falta que en vano trato de recordar, y por la que estamos condenados á no reunirnos jamás.

En estos momentos me parece que no da mi pulso más que quince ó veinte pulsaciones por minuto, que se enfria mi sangre y que mi corazon se paraliza.

En estos momentos me seria imposible defenderme ni de un hombre que atentara á mi vida, ni de otro que atentara á mi ho-

nor. Me parezco á esos desgraciados sujetos á la catalepsia, á los que creen muertos, y que están oyendo discutir los funerales y la clase de la caja, si ha de ser de plomo ó de roble, que oyen todo, que sienten destrozado su corazón por el terror, pero que no pueden oponerse á nada.

Pues bien; al ver aparecer las carretas fatales, me encontraba en uno de esos momentos en que creía soñar.

Lo que había hecho hacia ocho días no era efecto de la vida, sino de la muerte.

¿Es posible que si hubiera contribuido á las heridas, á la agonía, al suplicio de aquellos hombres, pudiera perdonármelo nunca?

¡Esto es una cosa horrorosa! ¡Muertos y moribundos! ¡Séres humanos; hermanos, sí, hermanos, porque no podemos renegar de la fraternidad humana, que conducen á la guillotina, dislocados, destrozados, hechos pedazos!

Uno de ellos ya está en la región de la muerte; los otros tienen un pié en el abismo. ¿Y he contribuido á eso?... Imposible.

¡Oh, mi Jacobo! ¿Comprenderás eso de tu Eva, de la que llamabas tu flor, tu pájaro, tu arroyuelo, tu gota de rocío?

Sí, lo recuerdo: el destino me lanzó en esa cárcel; conocí dos mujeres hermosas como los ángeles.

Ambas amaban; una era madre y tenía dos hijos; la otra, con amor ménos puro, amaba á un hombre que no era su marido. Las dos sentían morir, y yo, que no amaba la vida, temía por ellas. Me lancé en ese laberinto político, en el que jamás me había encontrado.

Y entoncos también yo tuve sed de sangre, y dije: Deseo que mueran esos hombres para que no perezcan mis amigos; y para que vivan unos, ayudaré á morir á los otros.

Y me olvidé que era una joven tímida, y he recorrido de noche París y he llevado un puñal que hablaba y decía: ¡Pido matar! y uno dijo: Mata sin frases.

Al día siguiente ví brillar el puñal en la mano de un hombre y sobre el pecho de otro hombre; no mató, pero dijo: Reflexionad; si no matais con la voz, mataré con el hierro.

Y con la voz mataron, y por eso no mató el puñal entregado por mí.

Verdad es que al que yo impulsaba que asesinaran era un hombre maldito, un hombre odiado, un hombre cuya muerte era el manantial de vida para muchos, los que, si él vivía, morirían.

Pero va á morir, y le veo acercarse.

—¡Horrible! ¡horrible! ¡horrible! como dice Shakespeare. Su cabeza está envuelta en un paño empapado en sangre negra. Ya llega anonadado, con la frente inclinada por el dolor y por las maldiciones. ¡Ah! ¿sientes remordimientos?

No; su aspecto impasible es el mismo; su mirada fría se fija en mí. ¡Gran Dios! La proximidad de la muerte, ¿le hará más penetrante? ¿Adivina que bajo el disfraz que me cubre soy la que ha gritado ¡abajo el tirano! que soy la que entregó aquel puñal? Vuelve la vista, ¡demonio! No me mires, ¡fastasma!

De repente hay otra cosa que llama su atención. La casa Duplay, en donde ha vivido, y en la cual esparcía su persona la alegría; él, que tanto aterraba por todas partes.

Allí aguardaban siempre su llegada con orgullo, y le escuchaban con delicia, y le aplaudían con entusiasmo.

En aquella casa se han deslizado las únicas horas felices de su vida.

Al pasar la mirará y no recordará que el Dante, el que también sabía describir los dolores, ha dicho:

«El mayor suplicio que existe en el mundo es recordar en los días de infortunio los días felices.»

Pero no solo mira, sino que se detienen las carretas. ¡Ah! van á hacer con Robespierre lo que hicieron con Felipe Igualdad; enseñarle por última vez su palacio.

Entonces me fijé en la inmensa afluencia de gente que había en aquel punto. Sin duda habían repartido el programa de la fúnebre comedia que se iba á representar en aquel sitio, y los espectadores se aglomeraban para presenciarla.

No había una ventana vacía, y muchas se habían alquilado á precios exorbitantes. Los parientes de las víctimas aguardaban á

Robespierre para cantar en torno de su carreta, y hasta el pié de la guillotina, el coro de la venganza.

Sentí como un desvanecimiento, porque no solo podia acusarme en parte del suplicio de aquellos desgraciados, para los que habia sido el grano de arena que habia hecho inclinar la balanza, sino que tambien habia influido para la evocacion de aquella multitud que no se sabe de dónde salia, de aquellos hombres con los cabellos empolvados y el calzon de seda, los que hasta entonces se habian contentado con andar errantes por Paris durante la noche, y que por primera vez se atrevian á presentarse á la luz del dia.

De aquellas mujeres pintadas, cubiertas de flores, medio desnudas á las cuatro de la tarde, y que se inclinaban en las ventanas, como el dia del Corpus, sobre colgaduras de terciopelo y chales de púrpura.

Si el génio del mal no me hubiera conducido á la cárcel de los Carmelitas, si no hubiera llevado á la calle de la Perla aquel puñal á Tallien, nada de eso hubiera sucedido; y los que en aquel momento caminaban al cadalso, hubieran enviado á muchos todavía.

¿Pero no podrían haberles conducido al cadalso, del que ellos se habian abierto el camino, sin aumentarles el suplicio?

La pena de muerte priva de la vida, pero no es una venganza.

Se habian detenido para exponer á los pacientes delante del público. Aquellos gendarmes, aquellos esbirros de Henriot que la víspera repartian sablazos, aquellos que deseaban salvar á los condenados, picaban hoy á estos con la punta de su sable, y decian á Couthon, acurrucado sobre sus piernas paralíticas: «¡Levántate, Couthon!» y á Robespierre, abatido por su horrorosa herida: «¡Vete derecho, Robespierre!» porque el cansancio le habia hecho caer sobre su banco.

Pero al apelar á su orgullo, se incorporó y paseó por la multitud aquella mirada feroz, que fué á posarse en mí.

¿Pero por qué no me habia quitado de mi ventana? ¿Qué poder me tenia como clavada en ella?

Un poder más fuerte que mi voluntad.

Débia presenciar lo que iba á suceder, porque era mi castigo.

Aquella mágia sangrienta debia tener su pantomima. Se habian detenido delante de la casa Duplay.

Se formó un círculo, y algunas mujeres, si puede dárselas tal nombre, se pusieron á bailar en círculo, gritando:

«¡A la guillotina Robespierre! ¡A la guillotina Couthon! ¡A la guillotina San Justo!»

Jamás olvidaré la mirada serena y altiva que lanzó el hermoso jóven, el único que no habia tratado de escapar á la muerte, sobre aquellas fúrias, al escuchar sus gritos y maldiciones.

Se veia en aquellos rasgados ojos reflejarse la conciencia y el desprecio y desden por la vida.

Pero aun no era bastante, y la fiesta debia tener su desenlace, repugnante como lo demás.

Uno de esos inmundos pilluelos que salen de las cloacas; uno de esos bastardos de arroyo que no se ven más que ciertos dias como los reptiles, estaba allí con un cubo lleno de sangre recogida en el matadero.

Empapó una escoba en la sangre y se puso á pintar de encarnado la casa de Duplay.

Aquella postrimera injuria agotó su resignacion; Robespierre inclinó la cabeza, y tal vez de sus ojos secos y fijos se escapó una lágrima.

Cuando las carretas volvieron á emprender su marcha, á los gritos de ¡A la guillotina! ¡A la guillotina! aquella cabeza lívida, de la que no se veian más que los ojos, se levantó y fijó su mirada en mí.

No sé si recuerdas, mi muy amado Jacobo, aquella balada alemana que leimos juntos, en la que un prometido ya muerto arrebató á su prometida viva, cuyo crimen ha consistido en blasfemar al saber su muerte, y que al grito que lanza el sombrío caballero, todos los muertos levantan la piedra de su tumba y los siguen impulsados por una fuerza mágica.

Pues bien, su mirada me arrancó del sitio en que yo estaba y me impulsó á seguir al viviente espectro.

Abandoné mi ventana, bajé á la calle y seguí á la comitiva.

Tenia los ojos fijos en la carreta, de la que no podía separarme. La multitud era tal que imponía; pues bien, me dejaba arrastrar por ella, sin que advirtiera su presión.

Andaba, y sin embargo, me parecía que mis pies no tocaban al suelo.

Cuando llegué á la plaza de la Revolución, sin saber cómo me encontré en *mejor sitio* que nadie.

Ví llevar á Couthon, vi subir á San Justo y morir con la sonrisa en los labios, y cuando el verdugo mostró su cabeza al pueblo no se había borrado todavía la sonrisa.

Le llegó su turno á Robespierre: ciertamente que su más ardiente aspiración debía ser la muerte.

La tumba era el puerto en donde debía anclar aquel buque destrozado.

Subió tranquilo y sereno. Me parecía que me buscaba su mirada y que al encontrarla lanzaba un relámpago de odio.

¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿permitireis que esa mirada moribunda cause mi mala suerte?

Pero en el momento en que ménos pensaba pasó sobre la guillotina una cosa inaudita, infame, odiosa.

Una fiera, uno de los ayudados del verdugo, indigno de llamarse hombre, viendo la rabia, oyendo las maldiciones del pueblo, quiso representar su papel en la infernal sinfonía.

Por uno de los ángulos cogió la servilleta que sujetaba la mandíbula y la arrancó con violencia.

Este dolor era el mayor que pudiera soportar el ser humano. La mandíbula rota cayó como la de un esqueleto.

Robespierre lanzó un rugido.

No ví nada más.

Oí un golpe sordo que hería.

Me había desmayado.

.....

XXXII.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Cuando recobré los sentidos estaba sola en mi cuarto y acostada en mi cama.

Me levanté, deslicé mis pies fuera y me encontré sentada en la cama.

¡Oh! exclamé; qué sueño tan horroroso.

Efectivamente, todo lo que habia visto en realidad me parecía un sueño.

Estaba en la oscuridad más profunda, pero veía dibujarse en la pared aquel aterrador espectáculo.

Las carretas fúnebres desfilaban delante de mí con aquellos restos mutilados, rotos, destrozados.

En medio de ellos San Justo, sano y altivo, con la cabeza erguida y la sonrisa desdeñosa: despues la detención delante de la puerta del carpintero; el pilluelo pintando con sangre las puertas; la plaza de la Revolución; el ayuda del verdugo arrancando el aparato á Robespierre, lo único que aun hacia aparecer su rostro con forma humana; aquel grito, aquel rugido que me hizo caer como herida por el rayo, preguntándome por qué mi corazón habia desfallecido delante de la víctima y del verdugo.

El ruido de mi puerta, que se abría, me sacó de aquella alucinación.

Ignoraba por completo en dónde estaba: me creí en un calabozo y que venían á buscarme para conducirme á mi vez al suplicio.

Lancé un grito y pregunté:

—¿Quién va?

—Yo: me contestó la conocida voz de Juan Munier.

—¡Luz! ¡luz! le dije.

Encendió una bujía: me senté en la cama otra vez, pasé la mano por los ojos, mire en derredor mio y ví que estaba en mi entre-suelo.

Entonces recordé todo.

—¡Ah! le dije, ¿y el ciudadano Tallien?

—Le he visto, le he tranquilizado con respecto á la hermosa Teresa; pero le indiqué que solo por vos sabria en dónde estaba, deseando no privaros del placer de reunirle con vuestra amiga; desgraciadamente es presidente de la Convencion; la Convencion está en sesion permanente; hasta media noche estará en el sillón de la presidencia.

Si á las doce ha podido reemplazar ó modificar las bases del Comité de salvacion pública, obtendrá la orden de libertad.

—Pero y mis dos amigas, ¿qué dirán? exclamé.

—Ya saben que no se las guillotinará; es lo principal. Vuelvo á la Convencion. He ofrecido á Tallien que volveria. Le esperaré, y sea la hora que quiera, vendré con él á buscaros.

Entre tanto recobrais vuestro traje y vais á buscar al aprendiz de carpintero y lo reunís aquí con su hermana: vuestro traje de hombre no inspiraria tanta confianza.

Me pareció que el honrado comisario tenia razon; en cuanto se marchó cambié de traje y bajé para tomar un carruaje.

Pero era imposible; la calle de San Honorato estaba de fiesta y los carruajes no circulaban; habia fuegos cada veinte pasos, y en rededor de aquellos fuegos bailaban y cantaban.

¿De dónde salian aquellos jóvenes con frac de terciopelo, calzon de nankin y con medias de seda? ¿De dónde procedian aquellas mujeres embadurnadas con carmin y escotadas hasta la cintura?

¿Quién habia dictado las palabras ni compuesto la música de aquellas canciones realistas, más atrevidas que las carmañolas republicanas?

Nunca me hubiera imaginado que llegara á tanto la locura.

Atravesé aquella orgía, rechazando veinte brazos que deseaban asirme para lanzarme en aquella insensata rueda. En la plaza del palacio Igualdad no se sabia en dónde poner el pié; los cohetes saltaban por todas partes; la poblacion entera llevaba antorchas y hachones y París aparecia tan iluminado como si fuera de dia.

Sin esa circunstancia hubiera encontrado cerradas las puertas de las casas á donde vivia Hortensia y en donde trabajaba Eugenio.

En la casa que habitaba Hortensia habia una tienda, y creyendo era una parroquiana, me rogaron volviera al dia siguiente; pero les indiqué el motivo de mi visita, haciéndoles saber que la viuda de Beauharnais no habia sido ejecutada, que vivia y estaba aguardando á sus hijos.

La alegría de aquella buena gente fué extremada; adoraban á la niña y la llamaron á gritos.

Estaba en su cuarto y lloraba, ínterin se regocijaban los demás; pero en cuanto supo que su madre vivia y que nada le habia sucedido, empezó á saltar y á reir.

Como ya hemos dicho, era una niña encantadora, con el cútis suave, hermosos cabellos rubios y ojos rasgados, azules y transparentes como el éter.

Gracias á que la niña me conocia ya, por haberme visto en casa de la viuda de Condorcet, y á la carta que me habia dado Josefina, no pusieron dificultad en entregármela, pero desearon que se vistiera. La pusieron el más lindo de sus vestidos y un ramo de flores en la mano, mientras yo iba á buscar á su hermano.

El carpintero, su mujer y los aprendices bailaban y cantaban en derredor de una hoguera que ardia en la calle del Arbolseco; pregunté por el niño Beauharnais, y me lo enseñaron apoyado en un guarda-canton y mirando tristemente aquella alegría, en la que no tomaba parte.

Pero cuando le dije que su madre me enviaba y que se dispusiera á ir á verla, en lugar de manifestar alegría rompió á llorar, exclamando:

—¡Madre mia! ¡Madre mia!

¿Cuál de los dos niños amaba más á su madre? Lo mismo uno que otro; pero cada cual lo expresaba segun su carácter.

Eugenio se vistió en un momento; era un jóven alto, como de diez y seis años, con hermosos cabellos negros que caian sobre sus hombros.

Me ofreció su brazo, lo tomé y atravesamos la calle para ir á buscar á su hermana.

Nos esperaba con su ramo de flores en la mano, vestido de muselina blanca, cinturon blanco y sombrero de paja con una cinta azul: por bajo del ala del sombrero se escapaban sus abundantes cabellos rubios; estaba encantadora.

Volvimos á subir por la calle de San Honorato.

Daban las once en el reloj del palacio Igualdad.

Empezaban á apagarse las hogueras y se transitaba con más facilidad. Durante el trayecto no hice otra cosa que contestar á las preguntas de ambos niños, que deseaban informarse de todo lo concerniente á su madre.

Llegamos á mi entresuelo; yo habia dejado la llave en la cerradura, pero el comisario todavía no habia llegado.

Explicué á los hijos de Josefina que tenia precision de aguardar al ciudadano Tallien, que era el que podria abrir las puertas de la cárcel en donde estaba su madre.

Le conocian de nombre, pero ni uno ni otro estaban al corriente de la historia de la revolucion, de la cual solo habian oido hablar en el círculo comercial en que habitaban.

En mi cuarto habia dos ventanas; los niños se pusieron en una, yo en otra, y esperamos.

El tiempo estaba magnífico; una de esas noches que parecen en ciertos acontecimientos indicar que el cielo ayuda á los mortales. Eugenio, que conocia algo la astronomía, le decia á su hermana el nombre de las estrellas.

Despues de las doce oí el ruido de un carruaje que venia por la calle en donde está situada la pequeña iglesia de la Ascencion, y poco despues le ví detenerse en la puerta.

Se abrió la portezuela y bajaron dos hombres.

Eran Tallien y el comisario.

Mi protector levantó la cabeza, me vió en la ventana, detuvo á Tallien, me llamó, y dijo:

—Es inútil subir; seria perder el tiempo, y ya bajan.

Efectivamente, bajé con los dos niños.

—¡Ah! señorita, me dijo Tallien; no desconozco lo que os debo. Teresa y yo jamás lo olvidaremos...

—Os amais, vais á volveros á ver, vais á ser dichosos, y esa será mi más dulce recompensa.

Me estrechó las manos y me indicó la puertezuela abierta: subí; tomé á Hortensia encima de mis rodillas, pero el complaciente comisario dijo que no queria molestartos y que él subiria en el pescante con el cochero.

Sin duda reflexionó tambien que Tallien desearia manifestarme su gratitud, en lo que no se equivocó, y que yo le hablaria de él.

Apenas se cerró la portezuela, el cochero emprendió un galope hasta la Fuerza, y empecé á referirle los servicios que me habia prestado Juan Munier.

Yo pensaba decir una palabra en voz baja á Teresa, lo que le haria unir su recomendacion á la mia.

Los caballos iban á escape, pero sin embargo, Tallien, impaciente, sacaba la cabeza por la portezuela y gritaba á cada momento:

—¡Más aprisa! ¡Más aprisa!

Llegamos á la Fuerza. A la puerta habia todavía grupos, resto de los que todo el dia habian estacionado allí: eran parientes y amigos de los que estaban eucerrados en la cárcel.

Temian que continuaran las carretas su fúnebre costumbre, y todos estaban armados para oponerse en caso necesario á la salida de los condenados.

La hora habia pasado, y los grupos continuaron por la noche lo mismo que durante el dia, sin que pudieran explicar por qué.

Miraron con curiosidad cuando bajamos del coche, y oí en voz baja el nombre de Tallien, pronunciado por algunos que conocian al ex-procónsul de Burdeos.

Pero como Tallien llamó como dueño á la puerta de la Fuerza, esta se abrió rápidamente, y rápidamente se cerró detrás de nosotros.

El comisario nos servia de guia, y yo hubiera podido serlo tambien porque empezaba á familiarizarme con la prision, y el buen Ferney me llamaba riendo su *pensionista*.

Tallien dejó en la secretaría al comisario autorizado con todos los papeles necesarios para que se pusiera en libertad á las dos presas, y se lanzó por las escaleras, deseando que no hubiera nada que pudiera retrasarle.

Ferney nos hizo acompañar por un llavero; pero como yo conocia el camino perfectamente, llegué antes que él á la puerta.

—¡Abrid, somos nosotros! grité dando en la puerta repetidos golpes.

Dos gritos me contestaron, y unos piés ligeros corrieron á la puerta.

—¿Y Tallien? dijo la voz de Teresa.

—Aquí está; contesté.

—¿Y mis hijos? preguntó Josefina.

—Tambien aquí.

Se oyó una doble exclamacion.

La llave rechinó en la cerradura, y la oleada se precipitó en el cuarto.

El amante voló hácia su amada, los hijos hácia su madre.

No era yo ni amante ni amada.

Me dirigí á la cama y me senté en ella. Aperciéndome cuán sola me encontraba, rompí á llorar.

—¿A dónde estabas tú, mi amado Jacobo?

Durante un momento solo se oyeron besos, gritos de alegría, palabras entrecortadas.

—¡Madre mia!

—¡Hijos mios!

—¡Teresa mia!

—¡Tallien mio!

Y egoistas en fuerza de su amor, no viendo más en el mundo

que á ellos mismos, salieron las presas en dos grupos, sin acordarse de la que quedaba detrás de ellas.

El cuarto quedó vacío. ¡Oh, cuántos dolores, cuántas tristezas habria visto aquel cuarto! ¡Cuántos sollozos dolorosos habria escuchado!

¡Sin duda habria visto arrancar á los hijos de los brazos de su madre, á las esposas de los de su esposo, á los padres de los de su hija!

Pues bien, nada de lo que habia oido se parecia al suspiro que se escapó de mi pecho al dejarme caer en aquella cama.

Cerré los ojos y deseaba estar muerta.

Bajo de la tierra tenia más parientes, más amigos que en este mundo de ingratos y olvidadizos.

Era la segunda vez que sentia haber sido rechazada por la guillotina.

Caí en un estado de entorpecimiento difícil de explicar.

Una voz me sacó de mi abatimiento.

Decia:

—¿No venís vos? Os esperan.

Abrí los ojos; era mi comisario, Juan Munier.

Él no me habia olvidado.

Me necesitaba todavía.